

datos inconexos sobre su marginalidad social. Según confesó, de niño padeció meningitis. Trabajó de mecánico en diversos talleres de automóviles, pero siempre lo echaban, porque le dolía la cabeza los lunes:

—¿Sólo los lunes le dolía la cabeza?

—Los lunes o los martes, no recuerdo bien...

—¿Sería porque usted bebía los domingos?

—Nunca me ha sentado mal el vino, y no me metía con nadie cuando bebía.

Rechazado en los trabajos, viene la caída humana, su amor al «alpiste», la depravación moral. En 1963 es condenado por abusos deshonestos con una niña de siete años:

—Conocía a la niña y a los padres, y el padre de la niña me denunció.

—¿Acarició usted a la pequeña?

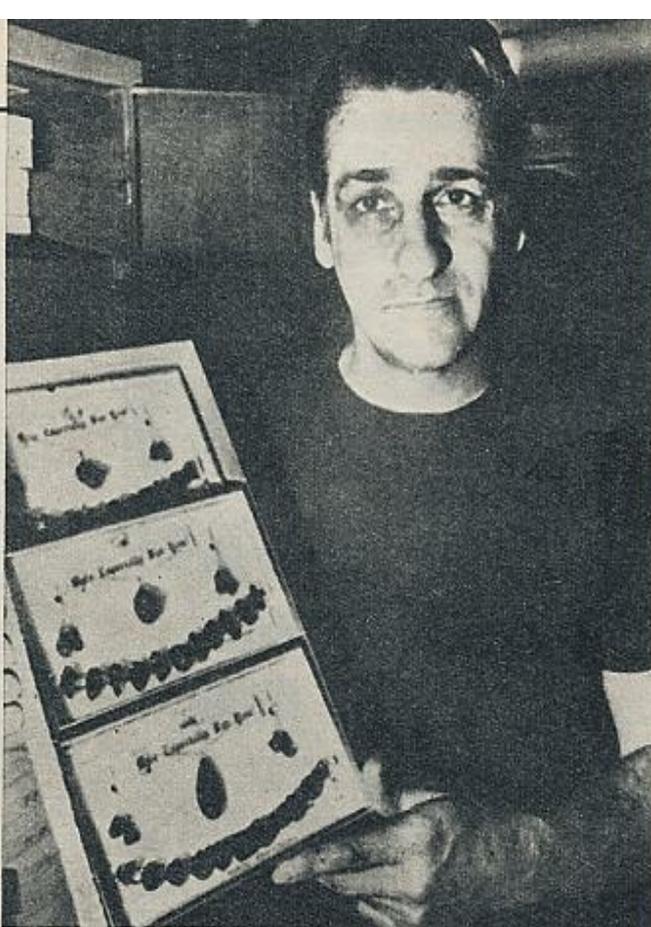
—La toqué aquí sólo —dijo, señalando el hombro izquierdo.

Después sigue la bebida, el cartón, la basura y el manicomio. Pero se escapa y nadie hace nada por buscarlo. Sigue con el vino y los cartones. Hasta la Feria de 1971, en que comienza la historia que ya acabamos.

Para Manzano Beato el fiscal pidió veinte años de reclusión menor por asesinato y seis meses de arresto mayor por abusos deshonestos, así como que, una vez cumplidas estas penas, esté treinta años sin venir por Sevilla, por la que pudiera tronar el coro corralero de la muerte; el defensor, don Celso Sosa, la libre absolución de su patrocinado, por falta de pruebas o, en todo caso, la aplicación de eximente de trastorno mental transitorio. Esta tesis de la falta de pruebas es la que ha prosperado.

Maribí está muerta, aunque en el barrio dicen que fue una lesbiana quien la mató, y su padre no acaba de conseguir esa licencia de taxi que busca para quedarse en Sevilla. La historia de la marginación continúa, y otros Manzanos siguen barojianamente en la busca del cartón y en la botella de blanco. Menos mal que la sociedad andaluza, a falta de otros remedios preventivos contra la miseria, todo lo tiene previsto y los señores de la Muy Humilde Hospitalidad de la Santa Caridad de Nuestro Señor Jesucristo tienen guardado el dinero para la caja de pino y los hachones de cera azul para velar al próximo reo que en Sevilla no se libre del dramático y medieval coro inquisidor de la muerte. ■

A.B.



Albert H. DeSalvo, hallado muerto a las siete de la mañana del día 26 de noviembre en la galería del hospital de la prisión donde cumplía cadena perpetua. DeSalvo fue llamado por la prensa «el estrangulador de Boston», y se había confesado culpable de entre seiscientos y mil violaciones de mujeres...

## LA CASA DE CRISTAL

# EL ASESINATO EN PRISION DEL «ESTRANGULADOR DE BOSTON»

**E**N nueve meses —de junio de 1962 a marzo de 1963— se produjeron en la ciudad de Boston, por lo menos, doce asesinatos de mujeres con las mismas características: todas habían sido violadas (violaciones compulsivas, obsesivas: las había de todas las edades, hasta de ochenta y cinco años) y estranguladas; con medias o prendas íntimas, anudadas en torno al cuello con un nudo especial. Recayeron sospechas sobre un hombre de treinta y dos años, Albert H. DeSalvo: la policía había revisado los expedientes y ficheros de todos los delincuentes sexuales y DeSalvo era uno de ellos; desde los trece años había cometido delitos, y en alguno de ellos se le acusaba de «actos antinaturales y lascivos». Cuando la policía fue a detenerle, intentó escapar, pero fue atrapado. Desde el primer momento se

mostró deseoso de castigo y aun habló de que deberían cortarle «la punta del cerebro» que le forzaba a cometer actos delictivos. A su abogado, F. Lee Bailey, confesó la totalidad de los crímenes, a los que añadió una enorme lista: cerca de 400 robos con escalo a mano armada, y entre seiscientos y mil violaciones de mujeres. La prensa le llamó «el estrangulador de Boston»; su mujer declaró que sus apetitos sexuales eran desmedidos; sus vecinos, que «era un hombre extraño».

Pero la policía comenzó a creer que, por lo menos en parte, era un mitómano. Era probable que los detalles que daba de sus crímenes estuviesen simplemente tomados de los periódicos. Los psiquiatras sostuvieron que era una personalidad psicopática, alterada desde la infancia —un padre agresivo que golpeaba a su esposa y a sus seis hijos y finalmente

los abandonó—, y que debía ser declarado incapaz de ser juzgado. Fue la primera tendencia del juez, pero otros peritos psiquiátricos modificaron sus conclusiones y le declararon responsable de sus actos. Sin embargo, no había pruebas suficientes. Las declaraciones del acusado, a pesar del reconocimiento de culpabilidad, eran confusas y contradictorias, y no se encontró ninguna clase de evidencia de que hubiese cometido todos los delitos. Se le encontró, sin embargo, culpable de robo a mano armada, y fue condenado a prisión perpetua.

Pero en la cárcel —la «Casa de cristal», de Truman Capote— hay una sociedad paralela con un extraño sentido de la justicia. Desde que fue llevado a un penal, DeSalvo fue considerado por sus compañeros como «un deshonora» para la comunidad de los delincuentes: su vida fue amenazada. Las autoridades le fueron trasladando de penal, para evitar que fuese asesinado, y en el de Walpole —el último al que fue conducido— pasó seis meses —en el año 1971— en una celda individual y con medidas de aislamiento para proteger su vida. Cuando el gobernador de la prisión consideró que los ánimos estaban ya tranquilos y que se había aceptado la presencia del estrangulador entre todos, le trasladó a las galerías generales. DeSalvo se dedicó a ciertos trabajos considerados como caritativos: cuidar de los presos ancianos, afeitárlas, ayudar a los enfermos del ala hospitalaria... Según su abogado, los otros reclusos le habían aceptado bien, finalmente.

Y, sin embargo, le han asesinado. El 26 de noviembre, a las siete de la mañana, los guardianes de prisiones le encontraron muerto en la galería del hospital, con varias puñaladas en el pecho. Según los médicos, llevaba diez horas muerto. No se ha encontrado el arma con que fue asesinado, no existe ninguna clase de sospechas acerca de quién pudo haberle matado. Hay hasta ahora un silencio total entre los reclusos. La sospecha de que pudo haber sido no uno de los detenidos, sino uno de los guardianes de prisiones —capaz de representar una justicia que le pareció escasamente punitiva, o demasiado débil, al no condenar a muerte al «estrangulador», no ha sido eliminada. Todo en torno a este personaje está cubierto por el misterio. Que solamente se podrá aclarar si, un día, la policía llega a descubrir a otro sospechoso de haber cometido los crímenes de los que DeSalvo no cesó de acusarse nunca.